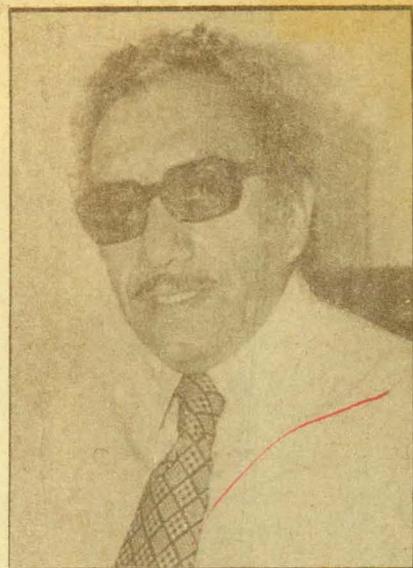


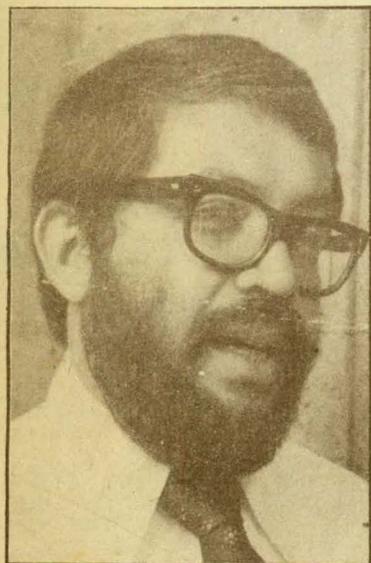
MANUEL BUENDIA

Y EL DESAFIO A

La Muerte



POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



Antes y después de que lo arrebatara a la sociedad mexicana que desde hace un año deplora vivamente su ausencia, Manuel Buendía había, ha, desafiado a la muerte.

Lo hizo en la realización de su trabajo profesional. Así ocurrió desde sus días de reportero policiaco, en **La Prensa**. No se contentaba, entonces, con refritear los boletines que prepara el **pool** de quienes cubren la fuente. Hacia sus propias pesquisas, tomaba sus propias posiciones. Tomó riesgos graves al proceder de esa manera, como cuando un célebre empresario, editor de periódicos al correr del tiempo, fue acusado de patrocinar el asesinato de un dirigente sindical. Buendía hizo publicar la fotografía del magnate, entrando en las cortes penales, de donde finalmente saldría absuelto a pesar de la confesión de los autores materiales del homicidio.

Buendía era un hombre sin tacha, pero con miedo. Era un hombre responsable y por lo tanto el temor lo asaltaba, sin duda. Pero, como él mismo lo definió, "valiente es el que conoce el miedo, lo siente a lo largo de cada hueso y aún así, lo vence en nombre del deber, por la propia dignidad y en un acto de fidelidad a su vocación periodística". Por eso se aficionó a las armas, no sólo como cazador, sino como experto en defensa personal. Porque sabía, desde sus tiempos de reportero policiaco, que estaba expuesto al peligro, actualizado cada vez que tocaba un interés de grandes proporciones, de esos que matan con tal de no ser afectados.

La muerte estaba presente en el ánimo y en el pensamiento de Buendía. Un día, en Guadalajara, hablando a graduados de periodismo, evocó a Ignacio Rodríguez Terrazas, el corresponsal mexicano caído en El Salvador, donde cubría la revolución, diciendo: "De vez en cuando, las balas no respetan la credencial de un periodista y éste queda ahí, muerto".

"Y creo —añadió refiriéndose al proyectil que quitó la vida al periodista mexicano— que ésa es una forma apropiada de morir. Los periodistas no deberíamos morir de viejos, así nomás". Tan consciente estaba de que morir baleado era su riesgo, y su deseo íntimo, que alguna vez sus amigos, recordándolo, urdimos una trama literaria que quizá no debiéramos hacer pública para no dar pauta a que lerdos investigadores policiacos la tomen en serio y pretendan dar, por ese rumbo, con la solución al enigma que no han podido descifrar, consistente en saber quién, y por qué causa, asesinó a Buendía.

La ficción que elaboramos partió de un hecho cierto. A fines de 1983, medio año antes de su homicidio, don Manuel fue sometido a una intervención quirúrgica y a hospitalización en el Instituto Nacional de Nutrición. En ese punto comienza la invención: don Manuel supo allí que moriría de los males diagnosticados en el sanatorio y en vez de avenirse a ese destino común de todos, resolvió organizar su propia muerte, en el escenario y las condiciones que convenían a su estilo de vida, a la naturaleza de su trabajo, a la trascendencia de su carrera periodística.

Pero no. La imaginación no alcanza a disipar la ruda, la ruin realidad. A Buendía lo asesinaron a mansalva. Pero el criminal que ordenó la muerte y el que disparó las balas no consiguieron cabalmente su propósito. No pode-

mos decir, no podemos decirnos, aunque quisiéramos usar la metáfora aplicable al caso, que Buendía no está muerto.

Lo está, irremisiblemente, irremediablemente. Hace un año que no lo tenemos entre nosotros, ni como amigo fiel y generoso, ni como productor de informaciones relevantes para la vida pública nacional, ni como prolista político que conseguía alumbrar zonas oscuras de la sociedad en que vivimos. Inequivocamente, la vida se le fue, y con ello se fue también una forma singular, irrepitable, insustituible de ejercicio periodístico, de toma de conciencia ciudadana.

Buendía, sin embargo, no murió del todo. A partir del 30 de mayo de 1984, su figura se engrandeció. Se había publicado, meses antes de su muerte, en noviembre de 1983, un compendio de sus columnas sobre **La CIA en México**. La presentación del libro fue un acontecimiento, reflejo del interés que provocaba el trabajo del periodista. Pero después de su asesinato, ha sido preciso hacer media docena más de ediciones de la misma obra, con un tiraje global ya superior a los treinta mil ejemplares. Suerte semejante han corrido otros repertorios de sus columnas, los que se publicaron bajo los títulos **La ultraderecha en México** y **Los petroleros**, cuya demanda ha ocasionado también la repetición de ediciones. Acaba de aparecer una colección de sus conferencias, **Ejercicio periodístico**, y pronto entrará en circulación otra de las antologías temáticas que prepara Miguel Ángel Sánchez de Armas y publica Ediciones Océano, éste sobre la Iglesia, con el título **La Santa Madre**.

(Amigos y enemigos de Buendía, y simples comerciantes aunque los segundos participan también de la condición de los terceros, se han ocupado también de don Manuel. Los primeros publicaron 26 testimonios que retratan al periodista asesinado, en un volumen titulado **Los días de Manuel Buendía**. Sus enemigos resolvieron infamar su memoria y, de paso, hacer negocio, poniendo a la venta una edición pirata de sus últimas columnas. **Los cien últimos días de Manuel Buendía**, robando a sus legítimos propietarios los derechos de autor, circuló ampliamente, y con ello juicios viscosos y cobardes sobre el periodista asesinado. Con ánimo mercantil semejante, puesto que no aporta información sobre el tema, ni da respuesta a las interrogantes inscritas en la portada, se editó también **El asesinato de un periodista**, de Leopoldo H. Mendoza).

Alguien dirá que en la promoción del interés renovado y sistemático sobre los trabajos periodísticos de don Manuel juega mucho la necrofilia que pareciera ser una característica de nuestra sociedad. Algo de eso, y el ánimo tardío y enfermizo de conocer qué decía el periodista al que asesinaron, son factores que explican en parte la atención pública creciente sobre los libros de don Manuel, y también dan razón de los públicos abundantes presentes en los homenajes y recordatorios a Buendía, que en estas fechas se han prodigado. Pero no son la razón suficiente.

Creemos, por lo contrario, que ese interés es resultado de que Buendía triunfó en el desafío a la muerte y que se aventuró desde su más temprana edad. Ha vencido el silencio que es el destino de los muertos. Su voz no puede ya decirnos palabras sobre los acontecimientos de cada día, pero el trabajo que dejó escrito sí. Con un privilegio, raro en quien está atado a los imperativos de cada obra, sin posibilidad casi de echar la mirada hacia atrás o hacia adelante, la prosa periodística de Buendía sobrevive a su tiempo y con frecuencia pareciera reflejar los acontecimientos del día en que leemos, cada vez más distante del día en que fueron escritos.

Así, un año después de su asesinato Manuel Buendía sigue tomando la palabra.